

ROLAND BARTHES Y LOS MITOS MODERNOS

Yolanda Osuna

Roland Barthes no era un hombre de acción política. Dotado de una extrema sensibilidad perceptible en su sola apariencia, en los placeres y las tristezas subyacentes en sus textos, este rasgo trasciende lo individual y se encuentra de frente con la realidad violenta, con la sociedad consumidora de mitos, con el Poder manejando todas las facetas semánticas del lenguaje y poniéndolo a su servicio: conservación de las instituciones de dominio, para seguir practicando "la mentira, la explotación, la concupiscencia, todo el mal burgués", a través de instituciones, del periodismo, de los medios de comunicación, de la plástica y los objetos, de ciertas literaturas, de los juguetes, en fin, de todos los lenguajes posibles, que al fin se resuelven en el más expansivo y poderoso: la palabra o discurso.

Todo ello está en MITOLOGÍAS (1), texto de más de veinte años, pero al cual Barthes siguió siendo fiel en lo fundamental: declarar lo HISTÓRICO, como contrapartida real y verdadera de LO NATURAL, un natural barnizado, disfrazado, dirigido a engañar y a asegurar la ideología de las poderosas clases dominantes.

Barthes partió de una reflexión sobre algunos mitos de la vida cotidiana francesa, que por extensión y analogía burguesas, son comunes a nuestras sociedades. Las comunicaciones cotidianas, desde la prensa, hasta el arte y las riendas institucionalizados que el PODER impone a los miembros de nuestras sociedades, se dan en forma disfrazada, de modo que haciéndolos aparecer como algo "natural", se los acepte pasivamente, se los celebre y defienda. Es más, diríamos que hasta originan traumas psicológicos cuando por una u otra razón no se accede a ellos. Por ejemplo, creando la angustia de las mujeres de ciertas capas sociales por realizar un matrimonio ceñido a las normas religiosas, civiles y representativas, exteriorizadas en el traje, los agasajos, etc. O la descompensación individual del tipo que no pudo comprarse el automóvil último modelo.

Las evidencias de la realidad cotidiana: aspiraciones humanas frustradas, dependencia económica de un sistema de trabajo alienado,

(1) Barthes, R. Mythologies. Seuil, 1957. París.

dominación política y colonialismo cultural, negación de las libertades individuales, tiranización y poder autoritario ahogando toda posibilidad de expresión libre, se dan disfrazados de mitos. Por eso los mitos contemporáneos están cargados de contenido político, tienen una significación que el autor trata de desenmascarar. Pues la sociedad burguesa inventa continuamente los mitos que le permitan mantenerse en el poder, en cuanto el mito tranquiliza, sustituye deseos y aspiraciones por una conformidad con "lo natural", lo incambiable, la eternidad de la sociedad dominante y la complacencia con ciertas realizaciones promovidas a través del consumismo. Todo ello se transforma en metas tranquilizadoras, en "conquistas revolucionarias" sin necesidad de una Revolución, es decir, sin una transformación radical de la base económica y política.

A ese lenguaje mitificado, disfrazado, engañoso que maneja la institucionalidad burguesa, se opone el lenguaje desnudo impotente para mentir: el lenguaje de los oprimidos. Ello explica por qué en la política de la izquierda no hay límites, pues se impone como gigante la realidad, que por cotidiana no deja de ser histórica. Se diría, sí, que en la política de la izquierda hay figuras, hay imágenes de hombres definidos por la acción combatiente. Se cree en esas figuras porque hablan el lenguaje común de lo innegable, el lenguaje oprimido entra en acción. Cuando dejan de hablar ese lenguaje, cuando traicionan o claudican por el miedo, por las tentaciones que desvían sus principios de justicia y libertad, las figuras de los líderes dejan de ser, van enmudeciendo, hasta el silencio, la vejez y la muerte.

Si algo quedará vigente de la LECCION de Barthes, eso ha de ser su afán renovador: la revolución permanente del lenguaje que se da a través de la literatura, de la conciencia de la escritura y una ética del lenguaje que se abre a todos los lenguajes sociales e individuales, aceptando la diversidad, oponiéndose a la fuerza opresora del lenguaje único, autoritario, de los poderosos. Esta lucha contra el poder oficializante que manipula igual el lenguaje que "la alegría del amor para hacer en su provecho soldados militantes", exige un continuo desplazamiento: "Desplazarse querrá decir: trasladarse allá donde no se nos espera o aun más radicalmente, *abjurar* de eso que se ha escrito —no forzosamente de eso que se ha pensado—, cuando el poder gregario lo utilice y lo reduzca a la servidumbre". (2).

¿Cómo resolver el método y la enseñanza en un discurso que no sea opresivo? La respuesta para Barthes es la de una renovación

(2) Leçon. Seuil, 1978. París.

continúa que partirá de un reconocimiento de lo que es histórico: la no eternidad de los saberes, la combatividad contra la esclerosis del que enseña: "Hay una edad donde se enseña eso que se sabe; pero luego viene otra donde se enseña eso que no se sabe: eso se llama investigar. Viene, puede ser ahora, la edad de otra experiencia: aquella de *desaprender*, de dejar trabajar el remanente imprevisible que el olvido impone a la sedimentación de los saberes, de las culturas, de las creencias que lo cruzan. Esta experiencia tiene, yo creo, un nombre ilustre y fuera de moda, que osaría tomar aquí sin complejo, en el cruce mismo de su etimología: SAPIENCIA: ningún poder, un poco de saber, un poco de prudencia y lo más de sabor, gusto posible".

Ello explica que con criterio científico amplio, se pueda tomar de los estructuralistas, instrumentos válidos, preocupaciones comunes a la lectura del arte, planteamientos aun sin respuestas. El mismo Barthes señala que el carácter sincrónico no es sino un momento del método y preve la perspectiva histórica y sociológica del análisis, bien que él, —igual sucede con Todorov— no lo practique. La utilización de esos instrumentos no anula el sentido crítico con que se ha de ver el Estructuralismo, cuyas contradicciones se evidencian en el propio drama de sus postulantes, urgidos de respuestas a la inmediatez, inclinados ciegamente sobre las estructuras y a quienes la evidencia de la historicidad golpea cada día y exige esa renovación juvenil que es también de carácter histórico. En fin, motivos ciertos para nuevas reflexiones, los enfoques de una Poética y de una Semiología, propuestas por los estructuralistas, entre quienes Barthes ha sido ilustre teórico.